

365-
DC 167.5
P7
V.2



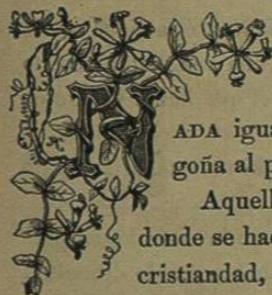
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

HISTORIA DE LA TORRE DE NESLE.

I.

La corte de Borgoña en el Siglo XIV.—Apariencias engañosas.—La princesa, el page, el astrólogo.—
El amor y la prision.—Una hija culpable y un padre crédulo.—Una noche borrascosa.—La hija par-
ricida.



ADA igualaba el fausto, el brillo y la galantería de la corte de Bor-
goña al principio del siglo XIV.

Aquello no era mas que fiestas, cazas, torneos, justas, &c.,
donde se hacian admirar las mas hermosas damas y señoritas de la
cristiandad, y los caballeros mas famosos por sus hazañas guerreras y
por sus galantes conquistas.

Y esto no era porque el ya viejo duque Roberto II tomase parte en esos ar-
dientes placeres; sino porque su muy amada hija Margarita, quien pasaba por
una de las mas hermosas princesas de su tiempo, era el alma de aquella elegan-
cia, de aquella galantería, de ese fausto hasta entónces inaudito.

Margarita no tenia mas que diez y siete años, y no habia ni un caballero que

no hubiese arriesgado diez veces su vida, por una mirada de sus grandes y bellos ojos negros aterciopelados, en los que se reflejaban todo el fuego de su corazón y la llama de sus deseos.

Con todo, esos perseguidores de amor, aun los mas atrevidos, á despecho de la ligereza de las costumbres que animaba á cometer las mas audaces tentativas, eran contenidos por Margarita en los límites del mas profundo respeto, y todos juraban por la belleza y por la virtud de la princesa.

Era un ángel de candor y de pureza, una verdadera vírgen inmaculada.

Bajo este último aspecto, solo dos hombres sabian á que atenerse.

Uno era Buridan, page de Roberto II.

Este era de la misma edad que Margarita, y habia sido educado á su lado.

Al principio los dos se habian amado sin saberlo; luego, habian leído en sus corazones, y Margarita se habia entregado á su amante con todo el transporte de una muger en cuyo corazón ardian las mas violentas pasiones, un amor ardiente por el placer, y una fuerza de voluntad que no conocia obstáculos.

El otro de esos hombres á quienes la princesa se reveló tal como era, fué un italiano llamado Orsini, especie de astrólogo-médico, ó mas bien de *miere* como entonces se llamaba á los curanderos, y que gozaba de mucho crédito en la corte de Borgoña con motivo de algunas felices curas.

Margarita habia hecho de ese italiano, no solo su confidente, sino el ministro de sus voluntades y de sus placeres.

Blando, condescendiente, insinuante, Orsini se habia prestado á todas las voluntades, á todos los antojos de la jóven princesa, quien le pagaba generosamente sus servicios, y quien le prometia que algun dia se los pagaria mas generosamente.

Su culidad de médico le permitia penetrar en todas partes, y sin escrúpulo se habia hecho el mensajero del amor.

El era quien favorecia las entrevistas de los jóvenes amantes, él alejaba á los indiscretos, y disipaba las sospechas, él fué quien, mas de una vez, habia abierto á Buridan la puerta del aposento de Margarita; él, en fin, el que habia velado en esa puerta para impedir toda sorpresa.

Sin embargo, á pesar de su audacia y su destreza, Orsini no estaba tranquilo respecto de las consecuencias de aquella intriga.

El duque Roberto confiaba mucho en su médico, creía en la astrología; pero era celoso de su autoridad, severo hasta la crueldad, y no habia tenido dificultad ninguna en enviar á maese Orsini á la horca, si hubiese solamente sospechado la clase de servicios que ese hombre hábil hacia á su poco casta hija.

El diestro italiano pensaba algunas veces en eso, y buscaba en vano una salida feliz á ese laberinto.

Un dia que se paseaba en los jardines de palacio pensando en ese grave asunto, á la vuelta de una calle se halló frente á frente con el jóven page, quien tambien parecia estar profundamente preocupado.

—Qué teneis, señor Buridan?—le preguntó con una familiaridad autorizada por su reciproca posicion.

—Tengo, maese Orsini, que sin ser astrólogo como vos, respiro desgracia en el aire.

—Hermoso descubrimiento! Como si no hiciéramos todo cuanto es preciso para que así suceda!... Pero hay algo particular que sea amenazador?

—Hay, maese, que se habla de guerra, y que tengo que ganar mis espuelas.

—Demonio! Mejor quisiera yo que no se turbase la paz, porque tengo que hacer mi fortuna.

—La cual creo que está en buen camino.

—No tanto como la vuestra, señor.

—En amor, es verdad.

—Y en otra cosa, señor Buridan. La princesa es generosa, mi jóven amigo; pero el duque, su padre, es avaro, y á ménos de un milagro, no resultará de todo esto, una cosa buena ni para vos, ni para mí. Pero mirad á la princesa Margarita que viene por este lado, y que está tan preocupada como nosotros; su rostro ha palidecido, y el fuego de sus ojos es sombrío.

En efecto, Margarita estaba muy agitada.

—Os buscaba, Buridan,—dijo con una voz aterrorizada al llegar cerca de los dos personajes.—Quedaos, maese Orsini, lo que tengo que decir tambien os interesa, y hoy mas que nunca necesitamos de vuestros consejos.

—Alma de mi vida!—esclamó Buridan.—Os amenaza alguna desgracia?

—Juzgadlo, amigo mio: es preciso separarnos para no volvernos á ver jamas!

—Separarnos!

—Inmediatamente! Va en ello vuestra libertad, acaso vuestra vida!

—Oh! mi libertad, mi sangre, mi vida, todo eso, no es vuestro. Margarita? Quién se atreveria á amenazar esos bienes que son vuestros?

—El único que puede hacerlo imprudente. El duque mi padre. No sé lo que ha sucedido, ni quien nos ha vendido; pero sabe nuestro amor. Me acaba de llamar, y le hallé trémulo de cólera. A las primeras palabras que me dirigió, comprendí que todo lo sabia. Era imposible negar; creí conjurar mejor la tempestad conmoviendo su corazón, y se lo he confesado todo.....

—Misericordia!—esclamó Orsini.—Vais á recompensar mis servicios con la horca!

—Tranquilizaos, Orsini, no he pronunciado vuestro nombre, y el duque no sabe que me habeis hecho los servicios de que me habláis. Contra vos, Buridan mio, es contra quien se ha encendido su cólera, contra vos, y contra mí misma, y debe ser muy terrible, puesto que no he podido ablandarla. Al oirme hablar de himeneo, su orgullo se ha rebelado, y ha jurado tu muerte, amigo mio!.... Parte, pues, inmediatamente; no te queda otro medio de salvacion, y para que te valgas de él he corrido á verte, á pesar de la prohibicion formal que me hizo

mi padre de salir de mi aposento, mientras que me conducen al claustro donde debo expiar mi amor.

—En un claustro! Mi amada Margarita pasar sus días detras de una lúgubre reja!..... No conoceis que eso no puede suceder, sino cuando haya corrido hasta la última gota de mi sangre.... Huir yo, cuando Margarita está amenazada!.... Y ella, Margarita, me cree capaz de semejante vileza!....

—Señor,—interrumpió friamente Orsini,—no atormentéis de ese modo el puño de vuestra espada. En semejante negocio, el valor no hace mal, pero la violencia puede perderlo todo.

—Orsini! Habéis encontrado algún medio de salvacion?—preguntó la princesa tomando las manos del italiano..... Oh! habla! habla, pues!..... Amas el oro; pues bien! te daré oro..... Si no lo tengo, lo encontraré; pero habla! habla en nombre de Dios!

—En primer lugar, es cierto que el duque ignora la parte que he tomado en este negocio?

—Te lo juro. No se ha pronunciado el nombre de Orsini.

—Siendo así, lo mejor que hay que hacer es permanecer quietos y esperar los acontecimientos.

—Pero Buridan va á ser reducido á prision!.....

—Pues bien! Eso, no vale mas que hacerse matar? No hay mas que un lugar de donde es imposible salir: la tumba. Las rejas, los cerrojos, no son mas que juguetes imaginados para espantar á los niños.

—Le salvarás?

—No le he hecho superar los obstáculos mas difíciles?

—Y á mí, si me encierran en un claustro?

—Noble señorita, será preciso que os dejéis encerrar para salir de él; contad con vuestro humilde servidor. Dejad marchar los sucesos, y estad ciertos de que no seguirán otro camino, que el que les trace Orsini.

Los amantes, fiados en la habilidad del astrólogo, se separaron, y cada uno por su parte volvieron al palacio.

Una hora despues estaba preso Buridan; pero al mismo tiempo, Orsini se presentaba al duque, quien le habia mandado llamar.

—Yo sufro, *¡mire!*—esclamó el soberano viendo al astrólogo, y tengo miedo de que os falte vuestra ciencia!

—Tranquilizaos, monseñor,—respondió Orsini; las enfermedades del alma me son tan conocidas como las del cuerpo, y no leo en los astros sin sacar fruto de mi lectura.

—Ah! En eso te reconozco! Vas á decirme la causa del mal y el remedio.

—Y por qué no os lo diria, monseñor? Tengo que hacer mis papeles de adhesión?

—No, Orsini, no tienes pruebas que hacer. Pero puesto que los astros te ins-

truyen tan bien de las cosas de este mundo, no tengo nada que decirte, y espero tus consejos.

—Y para justificar esta confianza, os diré, monseñor, que el corazón de una muger es muy frágil, muy fanático sobre todo; y que se puede esperar que abandone mañana lo que hoy adora.

—Dios verdadero! Orsini, inmediatamente pones el dedo en la llaga.

—Y por eso, señor, es por lo que puedo deciros que el mal no es tan grande como os lo imagináis, y que hariais mal en hacer un escándalo que, lejos de remediar algo, acabaria por perderlo todo.

—Qué quereis decir? Acaso que deberia yo dejar á ese insolente page.... Está en mi poder, y pagará caro su felonía.... En cuanto á la otra culpable....

—Señor, os conjuro á que no os dejéis dominar por la cólera. La princesa Margarita, al confesarse culpable, no ha dicho la verdad, y no ha obrado sino con la esperanza de disponeros á una union imposible. Dejad que todo lo aclare el tiempo.

—Estais seguro de lo que decis?

—Muy seguro, monseñor. A mí no se me oculta fácilmente la verdad.

—Esperaré; pero el insolente Buridan permanecerá preso.

Orsini se contentó con esa primera ventaja, y se apresuró á instruir de ella á Margarita, la cual, por los cuidados del diestro y audaz italiano, pudo penetrar al lado del joven page, para endulzarle el fastidio de la cautividad.

Las cosas fueron como el astrólogo lo habia previsto.

Margarita retractó sus concesiones y volvió á la gracia de su padre, quien la amaba demasiado para no estar dispuesto á creerla inocente, y Buridan permaneció preso, de donde el duque no queria dejarle salir, sino para tomar una parte en una expedicion militar que proyectaba; pero la cautividad continuó siéndole dulce, porque la violencia no habia hecho sino inflamar mas el corazón de Margarita, y casi nunca se separaban los amantes.

Todo iba muy bien, gracias al genio de Orsini: el page esperaba distinguirse en la guerra, y merecer por sus hazañas la mano de su ardiente querida.

Orsini continuaba sirviendo con todos sus medios á la princesa, quien por su parte, ponía todos sus recursos en obra para procurarse oro, á fin de satisfacer la avidez de ese ministro de sus voluntades y de sus placeres.

Una noche, Buridan vió entrar en su prision al astrólogo, quien sin mas preámbulos, le dijo:

—Tomad vuestra capa, y seguidme sin perder un instante.

—Estoy libre?

—No lo sé; pero guardias y carceleros duermen, y dormirán lo ménos hasta el amanecer. No me toca decidir de lo demas. Partamos.

El page no se lo hizo repetir.

Pronto llegó al lado de Margarita, quien le esperaba con impaciencia, y se

echó desolada en sus brazos, en cuanto Orsini se retiró para cuidar que no fuera interrumpida esa confidencia.

—Amigo,—le dijo,—hoy es cuando es preciso huir ó morir juntos.

—Huir, Margarita, huir cuando va á empezar la guerra? Cuando con la espada puedo conquistar al ángel muy amado que me ha dado su corazón!

—Es preciso ya no pensar en eso Buridan, mio; una sola palabra va á desvanecer todos tus bellos ensueños: pronto seré madre!.....

—Poderoso Dios! Habré merecido tanta felicidad?.....

—Oh, mi bien amado, no te ciegues así: mi padre conocerá pronto toda la verdad; el mismo Orsini, á pesar de todos los recursos de su arte y de su talento, se confiesa impotente para desviar ese golpe terrible. La venganza del duque será implacable..... que á lo ménos no caiga mas que sobre mí!.....

—Pero ese hombre no tiene entrañas!.....

—He hecho todo lo posible por ablandarle: con la esperanza de lograrlo he ocultado á todos, aun á tí, amigo mio, la peligrosa posición en que me hallo. Todo ha sido inútil, y dentro de algunas semanas, acaso dentro de algunos días, se romperá el hilo que tiene suspendido el rayo sobre nuestras cabezas!

—Partir, Margarita mia! Dejarte amenazada de un peligro tan grande! Entregar indefensa á la amada de mi corazón al furor de ese hombre, á quien quisiera querer y quien me obliga á que le deteste!..... Margarita, tengo un corazón para amarte y un brazo para defenderte!

—Contra mi padre!

—Contra Dios mismo.... Oh! tú no sabes la fuerza, el poder que me da el amor que me inspiras!

—Por favor, amigo mio, cálmate. Huye, te lo ruego: cuando sepa yo que te has salvado, moriré contenta!.....

—La conversacion se prolongó durante algunas horas; pero el jóven paje, lejos de disponerse á dejar á su bella querida, no hacia mas que escitar su ardor, y ya su exaltacion llegaba al delirio, cuando comenzó á amanecer.

—Oh!—esclamó él esforzándose en secar con ardientes besos las lágrimas que corrian por las mejillas de la princesa, quien de este modo acababa de embriagarle;—oh! que no tenga yo mi espada que me hubieran debido devolver!

—Pues bien!—dijo Margarita, quien cesó de llorar,—á falta de espada toma este puñal para defenderte.

—No para defenderme, alma de mi vida, sino para salvarte!

—Tomó el puñal que le presentaba su querida, y arrastrándole hácia el aposento de Roberto II:

—Ven á ver,—le dijo,—lo que puede mi amor.

Llegaron á la puerta de la cámara del duque.

Buridan abrió.



—Mi padre!—dijo á media voz la princesa, tendiendo la mano hácia el lecho en que Roberto dormía.

—Nuestro tirano!—dijo el page.

Y lanzándose hácia el duque, le dió dos puñaladas, mientras que Margarita volvió precipitadamente á su aposento.

El page arrojó el arma, y como conocia perfectamente el palacio, salió por la escalera del servicio y desapareció.

II.

Tal hija, tal madre.—Casamiento de Margarita de Borgoña con Luis le Hurin.—La culpa es de los ausentes.—Margarita de Borgoña y sus cómplices.—Origen de la Torre de Nesle.—Felipe y Gauttier d'Aunoy.—Primeras citas en la Torre de Nesle.—Un aparecido.

Cuando Orsini, llamado por los sirvientes, llegó al lado de Roberto II, ya este habia cesado de vivir.

No pudo ménos que hacer constar el género de muerte del duque, y lo hacia de modo que asegurara la impunidad de sus dos protegidos, cuando las sirvientas de Margarita fueron espresamente á llamarle para que fuera á cuidar á su señora, que era presa de violentas convulsiones.

Nadie es paricida impunemente.

Apénas se habia consumado ese gran crimen de que Margarita era cómplice, cuando esta hija culpable sintió una terrible convulsion, á la cual sucedieron los dolores del parto.

Orsini, que conoció inmediatamente lo que iba á suceder, alejó á todo el mundo, y algunos instantes despues, Margarita daba á luz dos niños, quiénes aunque nacidos ántes de tiempo regular, estaban llenos de vigor y de salud.

La muerte del duque permitió á Orsini ocultar fácilmente ese acontecimiento.

Dijo que la princesa, hundida con el dolor que le causaba la muerte de su padre, no queria ver á nadie, y que hasta nueva orden, solo él podia entrar en su aposento.